

## La isla del tesoro

### Episodio 19. Igualdad

**Locutor:** El relato que estás por escuchar surge de un sueño, y un fenómeno ficticio en él.

En 1987, en el Pacífico Sur, fue descubierta una isla no explorada ni registrada hasta entonces. La isla tenía vestigios de haber sido ocupada por un grupo numeroso de personas.

En distintos lugares se encontraron curiosas libretas con una especie de bitácora escrita. El contenido estaba fechado, extrañamente, *en 2020*.

**Narrador:** *¿Qué es la igualdad? ¿La falta de diferencias? ¿El trato uniforme en situaciones similares? ¿La ausencia de desventajas o de privilegios? ¿Tener posibilidades o potencialidades semejantes, a pesar de diferencias físicas, económicas, de origen, de raza, de género u orientación? ¿Es tener y ejercer los mismos derechos? ¿Importar o valer lo mismo unas personas y otras?*

David Rendón sabía que tendría una condena por la negligencia cometida siendo vigía. Era consciente cuando compartió el secreto que lo inculpaba, y cuando dejó que Lourdes Thomas se fuera, como se deja ir a un fantasma, o a un recuerdo feliz.

El dolor por las pérdidas familiares comprometió su criterio, al grado de no estar seguro de si el encuentro con la joven extraña fue real o no. *Es tan parecida a su hija, muerta 10 años atrás, que la mente le jugó una mala pasada.* La creyó viva, con la misma intensidad con que la extrañaba. Incluso se llama igual, aunque eso él no lo sabía.

Una mala broma del destino tornó en espejismo la realidad de un momento.

El Consejo decidió que don David pasaría 100 días en la estación del norte de la muralla, junto a Lester Taylor. *Asumió la condena, como asumió la culpa.*

Lourdes Thomas llevaba tiempo viviendo junto al guardia del oriente, y antes vivió semanas escondida muy cerca de nosotros. Quizá tan cerca que por eso no la vimos.

Ella sí nos observó, nos fue conociendo, y aprovechó cuanto pudo lo que sabía de nosotros. Tomó lo necesario para sobrevivir, junto con Lester. Observándonos, también aprendió a favorecerse de los recursos de la isla.

Incluso tomó a préstamo algunas herramientas, arreos de caza y pesca. Los usó y los devolvió, casi siempre, sin que nosotros lo notáramos.

Cuando la conocí, en la cueva de Lester Taylor, ya entendía y hablaba algunas frases en nuestro idioma.

Lourdes Thomas es una jovencita afable y simpática, inspira confianza de manera inmediata. Me hizo sentir cómodo y seguro, tenía esa cualidad que yo solo había sentido presente en nuestra querida Señora Árbol.

Me llamó por mi nombre, y me confesó haber revisado —y medio entendido— algunos de mis cuadernos.

Me pidió que la condujera hasta la aldea. Quería presentarse.

Unos días después ya estaba viviendo con nosotros, apoyándonos en lo posible y en lo necesario. Rápidamente se hizo amiga de la doctora Soto y aprendiz de Lidia Torres.

Para Paula Herrera se volvió casi una hermana. Cuando nazca, el hijo de Sabino Díaz tendrá una tía tan joven como protectora.

Lourdes nos contó que su amigo Lester era en realidad un vagabundo, accidental polisón que un día se quedó a vivir en el HMS Eurídice III. Ella lo conoció cuando abordó el buque en Adamstown, siendo parte del séquito de los Christian. Los marinos pensaban que estaba loco, y continuamente lo utilizaban en tareas que ellos detestaban. Frecuentemente, era su bufón y su víctima.

Cuando naufragaron, Lester se convirtió en víctima de los Christian y sus esbirros.

Ni Lourdes ni Lester sabían nada de los tripulantes del buque sin bandera. Ambos habían huido mucho antes de su llegada a la isla, y descubrieron su existencia al mismo tiempo, y con el mismo azoro que nosotros. Lourdes suponía, como nosotros, que eran piratas y que, a juzgar por sus actitudes casi marciales, bien pudieron ser desertores de la marina inglesa o francesa.

Sin embargo, la crueldad con la que arrasaron a la familia Christian y sus acompañantes era inusitada, casi absurda. *Una violencia digna de piratas, sí, pero de siglos atrás.*

Lourdes agradece nuestras costumbres, nuestra manera de pensar y actuar. Pregunta mucho, todo el tiempo. Ha dicho que le es difícil entender que tanta gente pueda parecer feliz viviendo junta. Siente que hay un respeto imposible, como si todas y todos fuéramos iguales: niños, adultos y ancianos, sanos y enfermos, hombres y mujeres... ¿por qué no hay esclavos? ¿por qué no hay ricos y pobres? ¿dónde están los buenos... y los malos?

¿Por qué, siendo tan distintos, parecen igual de importantes unos y otros?

Algo habremos hecho bien, supongo. El destino nos igualó, luego aceptamos y asumimos esa condición. *Hicimos la ley, basada en anhelos entre iguales, y somos iguales ante ella.*

Lo que era condición para nuestra supervivencia se transformó luego en condición para la vida juntos.

Los sucesos y los hallazgos de las últimas semanas nos han hecho replantearnos muchas cosas, entre ellas, nuestra seguridad. Somos 127 personas, y en la aldea aún viven 78. Los demás fuimos siguiendo el ejemplo de Edson Aranda y su familia: construimos pequeñas chozas a menos de medio kilómetro de nuestra aldea. *Así la privacidad, muy necesaria, no entra en conflicto con la comunidad, indispensable.*

Optamos por levantar algunas barricadas, cavar algunas trincheras y construir algunos puestos de observación en torno a todo lo poblado. Borrarnos todos los vestigios de la ocupación al lado oriente de la isla y establecimos otro mirador sobre la muralla de piedra, no lejos de la bahía de las esferas. *Colocamos banderas blancas visibles desde cada acceso marítimo posible.*

Esta vez, si alguien más llega a la isla, lo sabríamos con antelación, y daremos noticia de nuestra presencia como población pacífica, y estaremos preparados para cualquier intención adversa.

Los últimos meses fuimos ganando habilidad en la construcción de canoas. Primero pequeños cayucos para pesca en lago, extraídos de troncos de ceiba, después piraguas más grandes para transportación por canales.

El desarrollo de pequeñas embarcaciones y el contacto cotidiano con el mar nos hizo pensar en la posibilidad de dejar la isla. Sabemos que eventualmente somos capaces de construir barcos más grandes, capaces de moverse por velas y por remos.

Pero estamos conscientes de los muchos riesgos que se corren en alta mar. Además, no tenemos seguridad de la ubicación de nuestra

isla, ni de la lejanía con otros lugares poblados, donde podríamos pedir auxilio.

*Cundo miro al horizonte, emerge una pregunta, rotunda como el océano: ¿Irnos de la isla significaría volver a casa... o abandonar nuestro verdadero hogar?*

**Locutora:** A saber, la red sonora de La Corte, presentó...

**Narrador:** La Isla del tesoro.

**Locutor:** No te pierdas el próximo episodio.